

# El acceso a Jesús: la cuestión de las fuentes

D. Jorge Juan Fernández Sangrador

Excelentísima y magnífica señora rectora, ilustrísima señora presidenta de la Fundación Tellamar, ilustrísimo señor secretario general, ilustrísima señora decana, profesores y estudiantes de la Universidad Católica de Ávila y de otras universidades, señoras y señores. Agradezco estas afables palabras de presentación, que, a tenor de lo extensas que han sido, solamente cabe que les decepcione.

Han sucedido en estos tres últimos años, otros tantos acontecimientos que han captado la atención de todo el mundo y han venido coincidiendo con la celebración de la Pascua Cristiana, con la Semana Santa, así que cabe esperar que en torno al próximo Domingo de Ramos aparezca, nos encontremos con alguna nueva sorpresa. Y estos acontecimientos han sido, el primero de ellos, la publicación de una novela que lleva por título *El Código Da Vinci*; posteriormente llevada al cine. Después en el año siguiente la edición de un manuscrito datado como de finales del siglo tercero o del siglo cuarto e identificado con una obra de la que ya se tenía noticia por autores cristianos anteriores a esta fecha, conocido como *El Evangelio de Judas*. El año pasado, y en tercer lugar, la difusión de un documental producido por James Cameron, el director de la película *Titanic*, en la que se pretendía justificar, basándose en unos osarios, en unas arquetas llenas de huesos hallados en Palestina, que uno de ellos era el de Jesús y el de otros familiares suyos. Se incluía también a María Magdalena.

Merece la pena centrarse, no tanto en lo de la interpretación de las urnas funerarias, porque la arqueología, que es una ciencia realmente, es sumamente escurridiza en la afirmación o verificación del dato aducido hasta el punto de que nadie puede arrogarse la infalibilidad en la interpretación de los hallazgos; y el estudiante o el lector que en algún momento ha de obrar con esa información, tampoco puede remontarse en una máquina del tiempo al momento en el que tuvieron lugar aquellos hechos del pasado. Es imposible comprobar, asegurar; nadie puede poner la mano en el fuego. Pues porque... un hallazgo o un resto arqueológico sea del tiempo en el que se dice que haya sido. Hay un acto de fe que a veces es un acto de fe incluso superior al acto de fe religioso en lo que te enseñan cuando visitas, un templo romano, cuando visitas un lugar sagrado en Jerusalén o una acrópolis en Turquía.

La arqueología es una ciencia auxiliar, que para el judaísmo y el cristianismo ha sido muy útil desde el punto de vista apologético, es decir, para intentar probar la historicidad de lo que narra la Biblia o comprobar que lo que ésta dice es verdad. Pero, para nosotros, no han de ser tanto los resultados arqueológicos el objeto de nuestra reflexión y consideración sino los textos, los documentos. Que nos formemos un juicio teniendo los datos escritos a mano, y que se puedan leer también las interpretaciones; el dicho antiguo de *scripta manent*: lo que está escrito permanece. Como decía antes, cuando viajamos a oriente nos explican ruinas pero no tienes a mano las monedas, los restos humanos, la cerámica, etc. Así que, primer punto importante: los textos. Que no seamos destinatarios pasivos de lo que quieran contarnos, sino que podamos nosotros cerciorarnos de quién es el sujeto que habla, a qué título lo hace, de qué está hablando exactamente, desde dónde lo hace y con qué intención lo hace.

En realidad, con la difusión de estos dos escritos - *El Código Da Vinci* y *El Evangelio de Judas*, pertenecientes a géneros distintos - se ha divulgado algo de lo que ya venía hablándose en círculos más restringidos con ocasión del descubrimiento de manuscritos antiguos junto al Mar Muerto en Israel, encontrados en 1947; y en Nag Hammâdi, en Egipto, en 1945; y también en otra localidad, Djebel Karrara, de unos hallazgos en 1978; que han sido sumamente importantes desde el punto de vista

científico, ya que con ellos se ha enriquecido el patrimonio documental de la humanidad y, por tanto, las posibilidades de conocer mejor el pasado. Pero es preciso reconocer, con la misma nobleza, que el aderezo picante de toda esta aventura intelectual, lo han puesto quienes con estos legajos, especialmente los de Nag Hammâdi y Djebel Karrara, han llegado a estas conclusiones:

Primero: Jesús de Nazaret, plenamente compenetrado con la religión y la cultura de Israel, dicen, se hallaba más identificado con el judaísmo que con el cristianismo.

Segundo: En los orígenes del cristianismo habrían coexistido diversas interpretaciones de lo que realmente significaron la vida y la muerte de Jesús de Nazaret, y de aquellas, tan variadas, tan plurales, legítimas todas por igual, habría logrado prevalecer la que con el transcurso del tiempo acabó deviniendo Iglesia Católica.

En tercer lugar, la heterodoxia, la discrepancia, el punto de vista diverso habría sido el estado natural del cristianismo naciente. Lo normal es que hubiese tantas opiniones como comunidades. Lo que llamamos ortodoxia, en cambio, sería la implantación de una interpretación unilateral y reductora a la vez que un cercenamiento del pluralismo y de la riquísima variedad iniciales. La ortodoxia sería, pues, esa línea que prevalece entre todas las otras que eran igualmente legítimas, y con esa preponderancia habrían quedado anegadas, reducidas, desaparecidas, todas las demás.

En cuarto lugar: todos esos cristianismos marginados - hay por ahí un libro que se titula así: *Los otros cristianismos* - se estarían recuperando ahora, frente a las formas confesionales más institucionalizadas, es decir, las grandes Iglesias Cristianas. Por los hallazgos de los documentos arriba señalados y otros, así como por las modernas interpretaciones, ahora por fin se ha descubierto el auténtico rostro de Jesús. Ahora sí. Hasta ahora no. En dos mil años lo único que se habría hecho habría sido ocultar, desfigurar, modificar el rostro de Jesús que habría sido llevado a cabo principalmente por la interpretación eclesiástica.

Y en quinto lugar. Lo que resulta de ese proceso de selección, eso que acaba siendo la ortodoxia, la Iglesia Católica, eso es una posibilidad de entre otras muchas. Podría haber sido todo de otra manera. Y esto son los principios con los que se está actuando en obras y en interpretaciones como las que he mencionado anteriormente.

En realidad, lo que se está debatiendo y lo que se está abordando con estos planteamientos es la continuidad entre Jesús de Nazaret y la Iglesia, por un lado; y la legitimidad de las informaciones que ésta ha recibido, conservado y transmitido a cerca de Jesús, por otro. Pero estas cuestiones no nos cogen de nuevas. Ya en el siglo XVIII Germán Samuel Reimarus, sostenía la tesis de que había que distinguir entre la predicación de Jesús, por una parte; y la fe de los apóstoles por otra. Éstos, los apóstoles, habrían alumbrado una serie de fantasías - nociones como mesianismo, redención, resurrección, retorno de Jesús como juez de vivos y muertos - ¿para qué? para explicar el fracaso de la muerte de Jesús. Esta idea de que el cristianismo nace de una fabulación, de la justificación de un fracaso tras un supuesto hiato; ha estado siempre sobre el tapete con diferentes modulaciones hasta el día de hoy. El intento por disolver el vínculo que ha unido a Jesús de Nazaret con la Iglesia primitiva, sin embargo, hay que decir que ha surtido el efecto contrario. Permítanme que ilustre esto con una breve reflexión que traigo a colación debido a la labor que he venido realizando estos años en el Instituto Superior de Ciencias de la Familia de la Universidad Pontificia de Salamanca. Porque la cuestión es romper. Es romper, establecer una división, una ruptura entre el Jesús terreno y el Jesús glorificado; entre el Jesús glorificado y el cristianismo; y entre el cristianismo y la Iglesia católica. Y ahí es donde estamos siempre. Pues bien, permítanme que les transmita una reflexión que a mí siempre me ha dado que pensar y que creo que esto es también lo que explica cómo no se ha logrado

consumar esa división ni esa ruptura de este vínculo. Cuando ha existido una unión profunda entre dos personas debido al amor mutuamente profesado, ese vínculo no se rompe jamás. No digamos si además hay hijos por medio. Puede que un tribunal eclesiástico o un tribunal civil dispense al matrimonio de seguir viviendo juntos y de las obligaciones contraídas. Es lo que se conoce como la separación. Otra cosa es que no haya habido nunca sacramento. Entonces estaríamos en un caso de declaración de nulidad. No pretendo ahora hacer una disquisición legal, sino poner de manifiesto que hay vínculos que por el mero hecho de intentar romperlos, se fortalecen más; y así venimos comprobando, pienso que también en el Instituto de Familia Berit, en los casos de separación, cuando alguien intenta emprender una nueva vida, por lo general, no quiere saber cómo la ha recompuesto su pareja, que se dice ahora. Y en el esfuerzo por enterrar recuerdos, emociones, palabras, experiencias, se van acumulando encima de ese sepulcro nuevas vivencias con las que se pretende hacer desaparecer cualquier rastro de la relación existente. Y al final, de tanto superponer cosas encima, lo que acaba es por alzarse un túmulo, un monumento, que cualquiera puede darse cuenta de que allí debajo hay algo significativo para alguien. Pues bien, eso mismo ha sucedido a lo largo de la historia con el intento de querer establecer una quiebra entre Jesús y el cristianismo. Y no hay modo de lograrlo.

La unión profunda que une a la Iglesia con Jesucristo es, lisa y llanamente, imbatible. Al final sólo se logra que se consigan estos dos efectos:

Primero: queda acreditado el gran peso humano, social, e institucional que poseen las denominadas Grandes Iglesias. Nadie se emplea tan a fondo en dismantelar los supuestos de *La Teogonía* de Hesíodo, que es, por decir de algún modo, la Biblia de la mitología griega. Hay cátedras universitarias de Biblia y de cristianismo, departamentos universitarios de Biblia y de cristianismo, ciclos de conferencias, como es el caso de ahora, sobre Biblia y sobre cristianismo. ¿Han oído ustedes alguna vez hablar de una cátedra, de un departamento, de un ciclo de conferencias, sobre *La Teogonía* de Hesíodo? No. En la reflexión y el estudio de la Biblia y del cristianismo por mucho que nos reunamos y que lo estudiemos siempre hay algo que se nos escapa.

Y segundo: que las Grandes Iglesias, aunque acusen los golpes, que a veces son fuertes, no se vienen abajo. Todo lo contrario. Inmediatamente surgen círculos de estudio y de reflexión que con mayor o menor acierto analizan el fenómeno desde las tres vertientes en que cabe hacerlo: el científico, el ideológico y el editorial.

Saldrá próximamente traducido al español un libro titulado *La devoción a Jesús en el cristianismo más antiguo*. El autor, que es profesor en la universidad de Edimburgo, sostiene que la veneración por Jesús como alguien divino, fue más una explosión que el resultado de un desarrollo. Bien, aunque la veneración por Jesús tuvo lugar ya en vida de éste, iniciándose en el encuentro histórico con él; el proceso que había de conducir a los discípulos a confesarlo como Señor y como Dios - que leemos al final del evangelio de san Juan - eso de la explosión me parece a mí que expresa bien lo que sucedió en los orígenes del cristianismo. Los apóstoles y otros seguidores lo dejaron todo para seguir a Jesús. Los relatos de conversiones, incluida la de san Pablo, hablan de una luz envolvente. San Justino, el apologista griego, cristiano, de mediados del siglo segundo, en el *Diálogo con Trifón* - una obra que surge en un coloquio con un judío - refiere así su conversión, dice así san Justino: “*inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y aquellos hombres que son amigos de Cristo. Y reflexionando conmigo mismo sobre los razonamientos de este modo pues, y por estos motivos, soy yo filósofo y quisiera que todos los hombres, poniendo el mismo fervor que yo, siguieran las doctrinas del Salvador, pues hay en ellas, - dice él - un no sé qué de temible y son capaces de conmover a los que se apartan*

*del recto camino a la par que para quienes las meditan se convierten en dulcísimo descanso*". Se encendía en mí como un fuego, era un no sé qué que me dejaba balbuciendo. Bueno y algo semejante se halla en las confesiones del profeta Jeremías: *"era dentro de mí como un fuego devorador, encerrado en mis huesos. Me esforzaba en contenerlo, pero no podía"*. Y en las de san Agustín, dice él: *"apenas leída esta sentencia como si una luz de seguridad hubiera penetrado en mi corazón se desvanecieron todas las tinieblas de mis dudas"*. O san Juan de la Cruz, ilustre abulense: *Oh, llama de amor viva / que tiernamente hieres / de mi alma el más profundo centro (...)* *Oh, lámparas de fuego / en cuyos resplandores*, etc. O Pascal, cuando dice aquello, cuando se encontró, Pascal, se encontraron en su mesilla..., Pascal desde muy joven, Pascal era un gran inventor, un hombre cultísimo y desde muy joven todos los días tuvo dolores de cabeza, de modo que se metía en la cama y sucedía que cuando le venía un pensamiento tomaba un papelillo, una ficha y apuntaba y escribía, y todo eso lo iba guardando en el cajón. Y es cuando después encontraron en el cajón lo que luego serían sus *Pensamientos*. Esas experiencias que se producen en la enfermedad como cuando san Ignacio va discerniendo su camino espiritual precisamente con motivo de la enfermedad, de una convalecencia. Bueno, pues se encuentra aquello que dice Pascal: *"año de gracia de 1654, lunes 23 de noviembre. Desde aproximadamente las diez y media de la noche hasta alrededor de las doce y media de la noche. Fuego. Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios. Certidumbre. Certidumbre, conciencia, alegría, paz. Dios de Jesucristo"*. Bueno, pues, el rasgo más llamativo de esta explosión, es que produce otras explosiones en cadena. Es un fuego que enciende otros fuegos. Es un universo que genera nuevos universos. Es *no sé qué* del que habla san Justino. Es la chispa que ha provocado innumerables deflagraciones. Un dinamismo que haya su epicentro en la persona de Jesús de Nazaret y se expande por la palabra y el testimonio de sus seguidores.

Por ello me ratifico: cada vez que alguien ha intentado romper el vínculo que une a la comunidad eclesial con Jesucristo, lo ha reforzado. La experiencia dolorosa de las persecuciones y el martirio en los primeros siglos han contribuido de una manera asombrosa a crear la conciencia de pertenencia a la Iglesia y han estimulado la reflexión sobre la identidad específica de lo que se denomina la comunión eclesial.

Hace ahora poco más de un año, el miércoles siete de febrero de 2007, en la catequesis de la audiencia general de los miércoles el Papa Benedicto XVI habló de los cónyuges romanos Priscila y Áquila, colaboradores de san Pablo en Corinto. Ambos fueron expulsados de roma por el emperador claudio. Priscila fue una persona muy activa del cristianismo romano, junto a su marido Áquila, explicó el Papa, desarrolló un papel fundamental, dice textualmente el Papa, en el ámbito de la Iglesia primitiva., es decir, el de acoger en su propia casa al grupo de cristianos del lugar cuando se reunían para escuchar la palabra de Dios y para celebrar la Eucaristía. Es precisamente ese tipo de reunión que en griego se llama *ekklesia*. *"En la casa de Áquila y Priscila, por tanto, - dice el Papa - se reúne la Iglesia, la convocación de Cristo que celebra allí los sagrados misterios. De este modo podemos ver precisamente el nacimiento de la Iglesia en las casas de los creyentes"*. Y tras recordar que *"los cristianos de hecho hasta el siglo III no tenían lugares propios de culto"*, el Papa subrayó que durante *"la primera mitad del siglo I y en el siglo II las casas de los cristianos se convierten en auténtica Iglesia"*; y que *"gracias a la fe y el compromiso apostólico de los fieles laicos, de familias, de esposos como Priscila y Áquila, el cristianismo ha llegado a nuestra generación. Podía crecer no sólo gracias a los Apóstoles que lo anunciaban. Para arraigarse en la tierra del pueblo, para desarrollarse vivamente, era necesario el compromiso de estas familias, de estos esposos, de estas comunidades cristianas, de*

*fieles laicos, que han ofrecido el humus para el crecimiento de la fe y siempre sólo así crece la Iglesia. En particular esta pareja demuestra la importancia de la acción de los esposos cristianos (...) Toda casa puede transformarse en una pequeña Iglesia”.*

Esto que ha dicho el Papa es una verdad en la que se halla profundamente asentado el que cree en Cristo Jesús y ha sido bautizado en la Iglesia católica:

Primero, que la Iglesia nace en las casas de los creyentes.

Segundo, que gracias a la fe y al compromiso apostólico de los fieles laicos, de familias y de esposos como Priscila y Áquila, el cristianismo ha llegado a nuestra generación.

Tercero, que podía crecer no sólo gracias a los Apóstolos, sino que era necesario el compromiso de estas familias que han ofrecido el humus para el crecimiento de la fe.

Y cuarto, siempre sólo así crece la Iglesia.

Bueno, pues ese ha sido para nosotros el principal acceso a Jesús, que luego hemos ido cultivando, ilustrando, perfeccionando. Siempre ha sido así; desde los orígenes del cristianismo. Pero en nuestro entorno se han introducido unos cambios culturales con los que han llegado también ciertos presupuestos que atañen al hecho religioso cristiano. Y tienen que ver con la figura del *padre*.

La evolución de la civilización occidental hacia un individualismo a ultranza ha modificado la noción de *paternidad*. Cuando Freud escribió que la anatomía es el destino, trataba de hacer frente a un modo de racionalidad que pretendía verse libre de las concepciones de *hombre y mujer*. Sin embargo como una reacción a las formas de represión social y política de la mujer, se ha intentado desarrollar un nuevo modo de entender el dualismo antropológico que tiende a eclipsar la diferencia simbólica existente entre *padre y madre*. El libro *El segundo sexo*, de Simón de Bobua, de 1949, es el representante más conspicuo de lo que acabo de decir. Fue escrito a propuesta de Jean Paul Sartre para mostrar cuál ha sido la situación de las mujeres a lo largo de la historia. Y la teoría principal que sostiene Bobua es que la mujer, o más exactamente, dice ella, lo que entendemos por *mujer*, la categoría *feminidad*, es un producto cultural que se ha construido socialmente. La mujer se ha definido al lo largo de la historia siempre respecto a algo: como madre, como esposa, como hija, como hermana. Así pues, la principal tarea de la mujer es reconquistar su propia identidad específica y desde sus propios criterios. Muchas de las características que presentan las mujeres, no les vienen dadas de su genética, sino de cómo han sido educadas y socializadas. La frase que resume esta teoría es ya famosa: “*no se nace mujer, se llega a serlo*”. Y concluye que el hombre y la mujer son personas sexualmente neutras y afamiliares; afamiliares.

Bien, pues en esta filosofía se basan quienes sostienen la idea de un unisexo, es decir, mujeres que tratan de excluir al hombre tanto cuanto sea posible de la fecundación y de la educación. Su aspiración máxima es suprimir la figura paterna. Mostrar detalladamente todas las consecuencias que se siguen de esta idea no es de este momento.

Hasta tal punto ha arraigado esta perspectiva, que cuando la UNESCO estableció la nomenclatura internacional para los campos de Ciencia y Tecnología, si se buscan los códigos de las Naciones Unidas cuando uno emprende un proyecto de investigación y busca en qué código, a qué código ha de inscribir su trabajo en los códigos UNESCO, se encontrará que no existen los conceptos *paternidad y maternidad*. Paternidad y maternidad no existen para las Naciones Unidas como conceptos. Sí existe en cambio el de filiación, que se encuentra una sola vez, en el código 5103, en el campo de la antropología social. ¿Y junto a qué otros conceptos se encuentra el término filiación para la ONU?: jefatura y realeza, nomadismo, esclavitud y servidumbre. Ahí es en dónde tiene cabida filiación, familia y parentesco para el altísimo Organismo Internacional. Entre la autoridad y la opresión. El dato da qué pensar. Más cuando se ve

en qué compañía han puesto la religión, en el código 5101, que en este caso es con la antropología cultural. ¿Con qué otros conceptos se asocia la noción de religión para la ONU?: adorno, vestido, danzas y fiestas, etnomusicología, etnolingüística, museología, mitos, magia, poemas y relatos, hechicería, simbolismo, medicina tradicional, tradición.

Es fácil entonces explicarse por qué la defensa de la familia y de la vida concebida en su seno, en la que se haya comprometido todo sistema religioso que se precie de tal, es denostada del modo en que se acostumbra hoy. ¿Creen ustedes que es extraño a esta mentalidad cultural eso que nos sucede cuando entramos en las grandes librerías y encontramos la sección religiosa - la Biblia que vamos a comprar, la última encíclica del Papa - entre los libros de tarot, entre el calendario zaragozano, entre pronósticos de no sé qué, entre los libros de astrología? No es únicamente una disposición, es toda una filosofía que viene tutelada, viene orientada, viene dirigida. Eso está en la mentalidad, en la opinión en la cultura dominante. Y no sólo eso, sino que el empleo indiscriminado y difuso de la categoría *antropología*, que hoy todo el mundo utiliza para todo, sirve para sostener una opinión y la contraria. La noción de antropología que se utiliza, o que se aplica en la Universidad Católica de Ávila y la que se habla y la que se utiliza en la ONU, siendo el mismo concepto, pueden significar una cosa y la radicalmente opuesta. Y así pues ha quedado ésta despojada de los contenidos precisos y ha acabado por hacerse inservible. Antes de empezar a hablar de antropología hay que poner sobre la mesa las nociones sobre las que se construye ese discurso. Vale ya para decir cualquier cosa.

Pues algunos estudios del Nuevo Testamento, y esta es la cuestión a la que veníamos, acusa este influjo cultural. La familia considerada como una entidad originada en un periodo histórico y en un espacio geográfico determinados; una institución social que ha emergido en una coyuntura precisa que no se corresponde necesariamente con lo constitutivo del ser humano, habría fungido, habría servido de estructura opresora sobre todo con la mujeres y los niños. Y la literatura canónica cristiana, pues, lo único que habría hecho habría sido haber sacralizado esta institución y por consiguiente esta situación. *Paternalidad* y *maternalidad* son pues enjuiciadas desde la perspectiva de mero rol asignado por conveniencia social y desde un modo sui generis de entender la sexualidad y la función de ésta en el nudo de relaciones que se tejen en torno al misterio del amor y de la vida. Pero la noción de Dios tampoco sale indemne de esta interpretación. El título *Padre*, con que lo invoca el cristianismo, denotaría la profunda imbricación entre religión y cultura, cuyo resultado habría sido la articulación de un discurso enteramente patriarcal; desde la idea de Dios claramente insuficiente si le falta el complemento de ser confesado también como *madre*. Hasta la configuración de la comunidad cristiana, al menos tal y como la concibe la Iglesia católica y especialmente en lo referente al ministerio ordenado. A ello se une además la concepción mítica de que la humanidad emana de un principio en el que se contienen unificadas las nociones *él* y *ella*. Dicho principio puede ser considerado como divino si se hace uso de categorías propias del lenguaje religioso, aunque no necesariamente, pues da la impresión de que por lo general, quienes profesan esta creencia operan más bien como un universo simbólico particular y a la vez compartido por otras individualidades que sólo les es útil para autointerpretarse. El hecho no es una novedad. Esto ya viene del mundo antiguo. Los resultados desde el punto de vista de las relaciones interhumanas son también ahora los mismos que entonces. Con estos supuestos se entiende, pues, lo que está sucediendo en el panorama internacional en lo que respecta a la posibilidad de conocer realmente a la persona de Jesús de Nazaret.

Ahora bien, con el descubrimiento y posterior edición de las obras gnósticas halladas en Nag Hammâdi y Djebel Karrara, se han establecido unos criterios de

interpretación del fenómeno cristiano en sus orígenes que es preciso tener en cuenta, puesto que se han difundido ampliamente y hay que evaluarlos y llegar a las conclusiones que se estimen pertinentes. Esto está a la orden del día en todos los vídeos que se pasan por todas las cadenas de televisión. Todos están asentados en estos mismos supuestos. El descubrimiento de los manuscritos del Mar Muerto - atribuidos a una secta, a un grupo judío llamados los esenios, supuestamente - ha sido de gran importancia para los estudios del Nuevo Testamento porque son contemporáneos de los acontecimientos que se refieren en éste. En realidad han venido a dar valor a los Evangelios, pues se ha visto que en cuanto al lenguaje y las ideas existen grandes semejanzas, lo que atestigua la verosimilitud de lo que pasó, ya que se corresponde con lo que por los documentos del Mar Muerto sabemos acerca del judaísmo del tiempo de Jesús. Apoyándose en esto y en otras concomitancias entre lo que dicen los Evangelios y la Literatura Rabínica se ha inferido que Jesús era judío, permaneció siempre judío, trató de purificar la religión judía y si hubo conato de grupo organizado alrededor de Él o incluso después de Él no se distinguió en absoluto de los otros que por entonces existían en Israel. Y nada más. Habría sido una secta judía más.

Las cuestiones planteadas por este motivo, entonces son las siguientes, y aquí vamos ya introduciendo la temática de estas dos jornadas, hoy y mañana. ¿Es realmente Jesús el fundador de una nueva religión? ¿Previó Jesús la continuidad del grupo de los discípulos? ¿Entraban al principio los no judíos en el planteamiento religioso de Jesús? ¿Cuándo se puede decir que nació verdaderamente el cristianismo? ¿Eso que surgió en el periodo comprendido entre los siglos I y II se corresponde con lo que hoy llamamos Iglesia? Y como ven, la estaca está plantada siempre en el mismo punto: la relación de continuidad existente o no entre Jesús de Nazaret y el Cristianismo. Pues bien, esos textos de Nag Hammâdi y Djebel Karrara, que subyacen a estas novelas, a estos relatos, a todas estas opiniones, a todos los documentales de National Geographic, etc., son los que a día de hoy han jaleado más el ambiente. No son sin embargo fuentes para un mejor conocimiento de la persona de Jesús, tampoco de los Evangelios, a excepción de un evangelio gnóstico conocido como *El Evangelio de Tomás*, sino que son documentos, y esto es preciso subrayarlo, son documentos del gnosticismo cristiano, que no es lo mismo que atribuirlos... Cuando hablamos del *Evangelio de Judas* no hay que equiparlo a lo que llamamos Evangelios Canónicos, son textos gnósticos, que es otra cosa distinta. Que además se nutre de diferentes corrientes. Vamos a empezar por lo último, pues quisiera ya recoger, en el breve tiempo de que dispongo, algunas notas de ese ideario gnóstico, que pueden tener algunas variaciones, y así se explican algunas de las consecuencias o conclusiones derivadas de todo este fárrago en que nos hemos visto envueltos y creo que en ocasiones desconcertados en los últimos tiempos. Voy a subrayar cuatro puntos que creo que son muy importantes para entender el pensamiento gnóstico, que es el que da razón de esta literatura abundante que pretende ser auténticamente representativa de los orígenes del cristianismo. Fíjense lo que dicen los gnósticos:

Punto número uno: Dios existe, Dios es Trascendente. Y es imposible conocer su esencia. Sólo cabe decir de Dios lo que no es. Pero está acompañado de un ser que es como la otra cara de sí mismo, que podemos llamar *cónyuge*, algo así como la figura de una deidad femenina, que es lo que confiere a la divinidad el hecho de ser Padre y Madre. Cuando se dice que Dios es Padre y Madre, todo esto es una idea que deriva de las corrientes gnósticas.

Segundo: en general sólo la pareja entendida como un andrógino, una figura mixta, eso es lo perfecto. También el trascendente tiene su pareja. De acuerdo con la concepción dualista que se denomina *ley de conyugios* de las parejas o le llaman ellos también

*sicigías*, eso existe en el mundo divino y por tanto nuestra existencia es un reflejo de lo que sucede en el mundo de la trascendencia, en donde existen parejas y por eso esta mezcla, esta confusión en el ser humano existiría como un reflejo platónico de lo que sucede en otro mundo.

Tercero: el mundo visible ha sido creado gracias a un demiurgo, que es un ser divino, pero inferior al Dios Único. Aunque ese ser se cree que él es el Dios verdadero y trascendente. Él se lo cree, pero no lo es, dicen los gnósticos. Por encima de ese Dios creador, se haya el que realmente lo es. Dicen los gnósticos ese ser inferior, divino, ese demiurgo, ese ser intermedio que ha creado el mundo, ese es Yahvé el Dios del Antiguo Testamento. Y por la fuerza que le viene de su madre, la sabiduría, crea el universo y el hombre. Por eso los gnósticos rechazan el monoteísmo bíblico y el Antiguo Testamento.

Y cuarto: el Salvador es enviado por el padre para darse a conocer sólo a los espirituales, a los elegidos. Y se llega a tal grado de especulación que se prescinde de lo histórico. Jesús sólo interesa como imagen. Jesús es un mero nombre. Por eso puede ser reemplazado por Tomás, por Andrés, por cualquier otro personaje que pueda ejercer la función asignada por la soteriología gnóstica.

Como puede apreciarse, estamos ante un mundo de ideas que reflejan el universo interior de quienes las profesan, pero no contribuyen a hacer que se entienda mejor lo que los Evangelios dicen acerca de Jesús, a no ser por contraste. Ahora bien, es importante hacer una distinción. Hay que decir que entre los evangelios gnósticos, perdón, evangelios apócrifos, hay algunos en los que se contienen elementos que fueron asumidos por la Iglesia y que versan sobre la Natividad o la infancia de Jesús, la fiesta de san Joaquín y santa Ana, la presentación de Nuestra Señora en el templo, los villancicos, toda la tradición de la Navidad folclórica, todo eso se inspira en evangelios, en textos apócrifos que han querido, por amor a los misterios cristianos, subsanar las lagunas existentes en los Evangelios, sobre todo en lo que se refiere a la vida oculta de Jesús. Y revisten cierto interés porque ahí se encuentran ideas cristianas o datos cristianos del mundo primitivo. Pero no sucede así con los textos gnósticos.

A los descubrimientos arqueológicos ya mencionados, se unen otros menos sensacionalistas, pero que están siendo empleados para justificar cómo Jesús se hallaba notablemente influenciado por la cultura griega. A tal efecto han sido sumamente valorado los estudios sobre dos ciudades Séforis y Tiberias, muy próximas a Nazaret, consideradas como centros de cultura helenística. De ahí que entre los resultados de una línea de investigación que hace de Jesús un hebreo y nada más; y los de la otra que convierten a Jesús en un judío de cultura marcadamente helenística, cunda ya en muchos círculos exegéticos un cierto escepticismo sobre lo que la arqueología puede hacer progresar el conocimiento de Jesús de Nazaret por parte del lector actual.

Los rasgos de Jesús que emergen de esta combinación de lo judío, de lo galileo, de lo griego, es al final, la de un hebreo impregnado de filosofía cínica que pronuncia máximas de sabiduría al estilo de un maestro zen. Todo eso que se encuentra sobre Jesús en las librerías de mayor producción bibliográfica acaban siempre describiendo a Jesús prácticamente como un filósofo-maestro de enseñanzas al estilo de los cínicos o de los líderes espirituales del zen. Acentuar aún más el perfil de esta imagen ha contribuido en buena manera el manifiesto con el que se impulsó en Berkeley en 1985 lo que se conoce como *Jesus Seminar*, desde el que se ha promovido la nueva búsqueda de Jesús y del que ha surgido la idea del Jesús cínico. Y fíjese hasta que punto se procede científicamente para establecer qué es lo auténtico en los Evangelios que se aprueba por votación. Y se vota un dato y si sale mayoría, pues eso es lo verdadero.

Estas hipótesis que parecen lo ultimísimo de lo ultimísimo, no son otra cosa más que lo antiquísimo de lo antiquísimo. Son nuevas modalidades del liberalismo del siglo XIX, sólo que esta vez, Jesús de Nazaret es promotor de ideas morales, de una sabiduría campesina, de carácter social más que teológico. Por eso es importante, y creo que eso constituye para los próximos años un punto de reflexión sumamente importante, el prólogo del libro de Benedicto XVI “*Jesús de Nazaret*”. El libro *Jesús de Nazaret* es un libro llevado y traído, pero en el libro *Jesús de Nazaret*, a mi juicio, a parte de la belleza de la descripción de los misterios de la vida de Cristo, en realidad el Papa no sólo ha querido escribir un libro sobre Jesús, un libro sobre Jesús de Nazaret y sus conclusiones, las conclusiones Cristológicas. El libro, se deduce del prólogo, es un modo de acometer una interpretación de la sagrada escritura. No es tanto de orden teológico cuanto de interpretación de la Biblia porque ahí es en donde está el meollo. Y fíjense ustedes, y se lo digo por experiencia, por experiencia de más de veinticinco años de docencia: estamos centrados en cuestiones relativas a la Iglesia, al cristianismo, sobre Jesús de Nazaret, sobre la familia, y generalmente, en los seminarios, en las facultades de Teología, en los grupos bíblicos, católicos y bien católicos, sin ser conscientes de ello están básicamente asentados en muchos de los supuesto que acabamos de leer. Yo ya he escrito a no sé cuánta gente que tiene en esto autoridad. Esto conviene, conviene, no sé cómo es pero, conviene reflexionar sobre este punto. Y vean si conviene reflexionar sobre este punto que cuando Benedicto XVI escribe su libro entra a saco en su prólogo. Y creo que merece la pena leer lo que dice el Papa, porque es la esencia de un pensamiento y de una metodología que habría que tener en cuenta antes de empezar, antes de iniciar cualquier círculo de lectura bíblica, importantísimo por lo de más y sumamente recomendable e imprescindible. Dice Benedicto XVI: “*Los progresos de la investigación histórico – crítica condujeron a distinciones siempre más sutiles entre los diferentes estratos de la tradición. Y - dice él - detrás de ellos, la figura de Jesús sobre la cual se apoya la fe, se volvió siempre más incierta y tomó contornos siempre menos definidos*”. Nos hemos aplicado a estudiar la Biblia y cuanto más la estudiamos más desorientados quedamos. Le preguntan a uno ¿y usted cree realmente que Jesús caminó sobre las aguas?, y uno lo cree por la fe, pero bueno, no sé, y ¿cree usted que verdaderamente...? Hombre esto de los milagros, esto hay que entenderlo. Todo esto son autosugestiones, estas cosas son muy complicadas y se introduce un principio de racionalismo, a ver cómo lo explico racionalmente, y llega a un modo de desorientación que dice el Papa: pero bueno si es que al final los Evangelios que son para fortalecer nuestra fe, cuanto más los leemos y más nos lo explican es que más nos desorientan, más difuminado queda el rostro de Jesús y continúa: “*al mismo tiempo las reconstrucciones de este Jesús que debería ser buscado tras las tradiciones de los evangelistas y sus puentes se hacen siempre más contradictorias. Del revolucionario antirromano que trata de derrocar el poder existente y, naturalmente, fracasa, al manso moralista que lo permite todo - esa monomía, esa panfilia - y que inexplicablemente acaba por procurar su propia ruina - Murió a base de ser tan bueno - Quien lee de seguido cierto número de estas reconstrucciones puede inmediatamente constatar que ellas, y esto hay que subrayarlo, son mucho más fotografías de los autores, y de sus ideales que la puesta al descubierto de un icono que se ha vuelto confuso. Como consecuencia de esto, mientras tanto, ha crecido la desconfianza respecto a tales imágenes de Jesús y la figura misma de Jesús se ha alejado todavía más de nosotros. Todos estos intentos han dejado tras de sí como denominador común la impresión de que nosotros sabemos pocas cosas ciertas acerca de Jesús, y que sólo más tarde la fe y su divinidad ha plasmado su imagen. Esta impresión entre tanto ha penetrado profundamente en la conciencia común de la cristiandad. Una situación así es*

*dramática para la fe, porque hace incierto su auténtico punto de referencia: la íntima amistad con Jesús, que es de lo que todo depende, amenaza con agotarse inútilmente en el vacío*". Hasta aquí la cita del papa.

Si envenenamos la fuente, ¿de dónde bebemos?. Quién se atreve... Cuando viajas a El Cairo, lo primero que se advierte es que cuidado con beber agua del grifo y mucho cuidado con tomar CocaCola con hielo porque no bebes del grifo, y con aquellos calores, tomas una CocaCola con hielo y es como si bebieras del grifo y las consecuencias son a nivel digestivo complejas. Si no se puede beber, si esto está contaminado, si esto es indeciso. Porque esa noción que tenemos de fe que se ha introducido siempre desde la Ilustración y que esa cosa de la fe... imaginad con una venda, el creer lo que no vemos, eso es lo que ha hecho que la fe tengamos una noción de ella como de incertidumbre, de inseguridad, a ver hacia dónde caminamos. Nada más contrario a la noción cristiana, bíblica de fe.

El término creer, que en hebreo es, se dice *amán, amén*, es el mismo verbo que significa plantar los palos de la tienda. Creer, el creyente es el que está bien asentado, firmemente asentado, la casa construida sobre roca, el señor es mi fuerza, mi roca y salvación. ¿Quién ha dicho que lo de creer es dubitativo, esa cosa cartesiana, andar dándole vueltas y ese estado de dubitación permanente? Eso pertenece a un estadio de la búsqueda que tiene también su epistemología, pero la fe es estar bien seguro, es estar bien fundado y cuando empieza el Evangelio de san Lucas: *Querido Teófilo, para que sepas y conozcas lo sólido de nuestras enseñanzas*, que eso es la catequesis. Destaco entonces en el prólogo del libro del papa, eso de que *quien lee de seguido cierto número de estas reconstrucciones que escuchamos constantemente, pregúntese si no son mucho más fotografías de los autores, de los intérpretes y de sus ideales más que la puesta al descubierto de un icono que se ha vuelto confuso*.

En efecto, y concluyo: La imagen de Jesús que se ofrece en los evangelios; Y ahora ya con tanto Evangelio de Felipe, de María Magdalena, tanto el Evangelio de Tomás; hablamos de Evangelios Canónicos: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La imagen de Jesús que se ofrece en los evangelios es más coherente que la que se desprende de muchas interpretaciones de esas que he presentado. De ahí que hoy como ayer excluida toda sospecha, *excluida toda sospecha*, en absoluto, hay que leerlos sin la menor reserva, convenga leer el texto de los evangelios con la confianza de que en ellos se encuentra el verdadero Jesús, cuya existencia terrena lo ha hecho acreedor de ser el único al que cabe entregarse incondicionalmente cuando con la luz de la fe se descubre la infinita riqueza de su Ser. Y por eso entiendo yo que viene tan bien de una forma providencial la celebración de la duodécima Asamblea General del Sínodo de Obispos que tendrá lugar el próximo mes de octubre en roma, sobre la palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia; porque hemos llegado al punto y al tema que habíamos estado descuidando durante los últimos años sin percatarnos de ello, que es la interpretación de la Biblia. El texto y su interpretación es algo en que hemos de aplicarnos en nuestra formación cristiana en los años venideros y por eso tenemos puestas tantas esperanzas en el próximo Sínodo de Obispos. Nada más. Muchas gracias.